

LUIS MELIAN LAFINUR

SEMBLANZAS DEL PASADO

JUAN CARLOS GÓMEZ

MONTEVIDEO

“EL ANTICUARIO”, de BRIGNOLE y Cía.

Calle 25 de Mayo número 551

1915

A don Vicente Caputi, de su viejo
amigo

Juan J. Méndez Caputi

SEMBLANZAS DEL PASADO

I

CAPÍTULO I

Propósito primitivo de este libro.—Cómo entré en relación con Juan Carlos Gómez

Este libro debió publicarse en el correr del año 1905; y al empezarlo a escribir anuncié su próxima aparición cuando dí a luz, aquel año, mi folleto de circunstancias, "El Problema Nacional y su solución inmediata".

Proponíame, entonces, llamar la atención sobre un muerto ilustre, para que se honrase en alguna forma su memoria; pero mi propósito coincidió con un movimiento de opinión, iniciado por el "Club Vida Nueva", tendiente a traer al seno de la Patria los restos del doctor Gómez, desde Buenos Aires, donde falleciera en 1884, imprimiéndole al acto de su traslación las proporciones y la solemnidad de una apoteosis. Como es notorio, esa reparadora idea tuvo completa realización, quitándole, por el momento, todo carácter de urgencia al trabajo que traía yo entre manos por aquellos días.

Quedó, pues, bosquejado para llevarlo a cima alguna vez, que es lo que verifico al presente, dando con la semblanza del doctor Gómez, comienzo a una serie de trabajos de la misma índole, que consagraré a diversos ciudadanos civiles y militares que, por distintos motivos, han influído, en buen o mal sentido, en los destinos de la sociedad uruguaya. A falta de otro mérito, procuraré que mis esbozos biográficos tengan el de una estricta imparcialidad sobre la base de la tradición

debidamente aquilatada con los documentos de carácter público o privado, que quepan ser admitidos a la luz de la comprobación histórica, aplicándoles el criterio filosófico correspondiente a la época en que los sucesos se desarrollaron.

Inicio mi galería ensayando la semblanza de un compatriota que fué modelo de cívica austeridad, y que unía a un talento sin igual de publicista, brillantes condiciones de literato y de poeta, realizadas por una elevación de carácter, que le dió en vida puesto prominente entre las personalidades de Chile y del Río de la Plata, y después de su muerte lo ha ungido con el respeto de la posteridad justiciera.

Empezaré por recordar cómo vino mi relación con Juan Carlos Gómez, cultivada sin interrupción alguna durante los últimos cuatro años de su vida.

Hubo una época en que iba yo frecuentemente a Buenos Aires, residencia accidental de mis padres. Conversando allí un día del año 1880 con Lucio V. López sobre las eternas desgracias del país en que él y yo habíamos nacido, recayó el diálogo sobre este fenómeno: la imposibilidad, para un hombre esclarecido, de hacer camino en tierra uruguaya. Con ese motivo, pasamos en revista algunos compatriotas a quienes se les persiguió con calumnias, diatribas, destierros, y otros medios muy adecuados para obligarlos a buscar la hospitalidad del suelo extraño; y recordando la amargura del terceto del Dante:

Tu proverai si come sa di sale
Lo pane altrui, é com'e duro calle
Lo scendere él salir per l'altrui scale. (1)

venían a nuestra mente, mezclados con los de muchos bravos soldados del ejército argentino nacidos en el

(1) Il Paradiso, canto XVII.

Uruguay, los nombres de aquellos ciudadanos eminentes que, como Andrés Lamas o Juan Carlos Gómez, cada uno en su distinta esfera de acción, habrían sido el orgullo de cualquier país que honrara la inteligencia como la inteligencia debe honrarse.

—A propósito de Gómez, me dijo Lucio, recibe él gran placer cuando alguno de sus compatriotas le habla del terruño, y le significa que allí hay quien todavía lo recuerde con cariño y rinda homenaje a las prendas de su patriotismo: mañana almorzarás conmigo, y en seguida te presentaré a él, pues ya le he anunciado que iremos.

Al día siguiente, un domingo, en las primeras horas de la tarde, nos dirigimos a la modestísima morada del doctor Gómez: dos cuartos en una casa vieja de la calle Moreno.

A una cuadra lo divisamos en la puerta:—“Los esperaba”, dijo cuando llegamos hacia él, y con una exquisita amabilidad nos hizo pasar a la pieza que tenía ventanas sobre la acera y le servía de escritorio.

Rayaba entonces en los sesenta años: era de aspecto fuerte y de elevada estatura, bien que algo encorvado, pálido el rostro y regulares las facciones, de abundante cabellera que fué negra y ya era gris, barba entera que había tirado a castaño, perdida la color primitiva por la abundancia de las canas; respiraba toda su persona insuperable distinción por la afabilidad de su trato, la elegancia de sus maneras, su pie pequeño y la melancólica expresión de sus ojos claros, que parecía un rasgo naturalmente intencionado de su fisonomía para evidenciar el dolor de su alma lacerada por la contemplación constante de las miserias de su desventurado país. Todo, en su persona, trasuntaba el sello del hombre superior, y esa impresión habría hecho a quien, sin conocerlo, lo hubiese encontrado entre la multitud, cuando paseaba por las calles de Buenos Aires su

mirada escrutadora, bien que, al parecer, indiferente y adormecida.

El recuerdo de ese hombre estaba ligado a insignificantes y distintas circunstancias de mi vida: de niño había leído con encanto sus versos juveniles, en la "América Poética", de Gutiérrez; y lo llegué a conocer personalmente una vez que mi padre, habiendo ido a Buenos Aires en 1862, tuvo que hablarle por un asunto judicial, y me llevó a la entrevista. Lo solía ver también el año 1870, en la puerta de su casa, entonces en la calle Maipú, pasaje para mí obligado para ir al centro cuando residí aquel año en la capital argentina. Habría sido pueril de mi parte, recordarle todo eso; pero le dije sobre su actuación literaria y política, a medida que la conversación me brindaba oportunidades, lo suficiente para que él comprendiese que yo era su admirador, que había leído muchos de sus escritos, que seguí en todo tiempo con interés los azares de su existencia batalladora y atormentada, y que en mis palabras rebosaba un fondo de espontánea y franca sinceridad que no cabía poner en duda.

Cuando nos despedimos, me pidió que lo viese siempre que pudiera, expresándose en términos halagadores de mi deseo, que era ese precisamente, agregando, que recibirme en su casa le sería placentero, para hablar de la Patria; que no extrañase si él, a título de viejo, no me pagara inmediatamente las visitas, como que hacerlas sin la obligada devolución de etiqueta, era un tributo de que los jóvenes (no hay duda de que yo lo fui hace treinta y cinco años...), debían conceptuarse deudores a quienes, con mucha diferencia, los habían precedido en la carrera de la vida.

No obstante la insistencia de la invitación, cuando al mes volví a Buenos Aires no lo visité, creyendo ser importuno, a pesar de que la laboriosidad no fuese en sus últimos años una de las virtudes características del doctor Gómez.